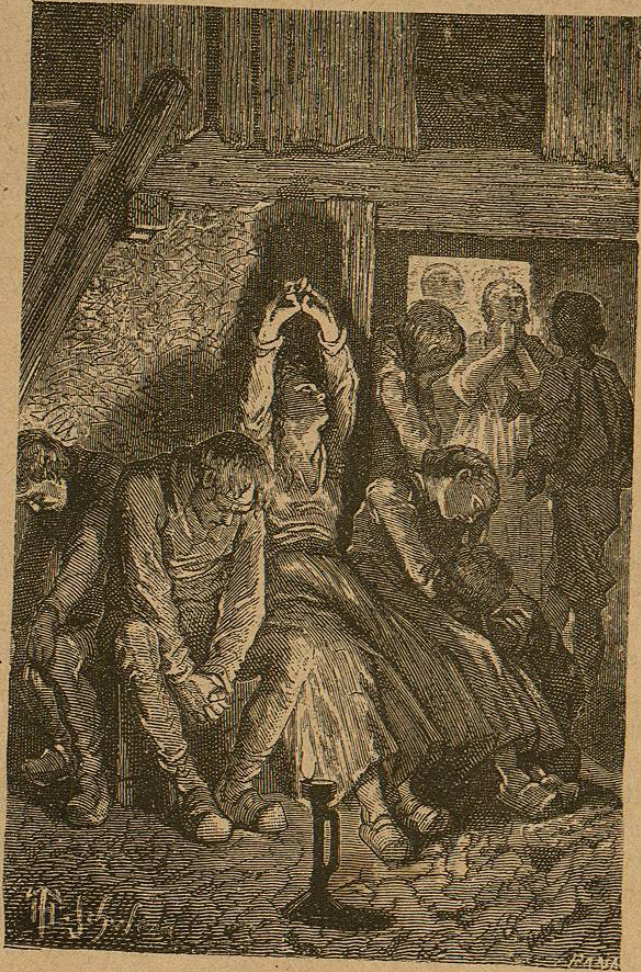


No creáis que Dios ha apartado de la tierra su mirada fecunda. La tierra es siempre buena madre y cariñosa nodriza, que no desea más que ayudar al hombre; estéril, ingrata en la superficie, encierra un intenso amor á la humanidad.

Es el hombre quien no ama; es el hombre quien es enemigo del



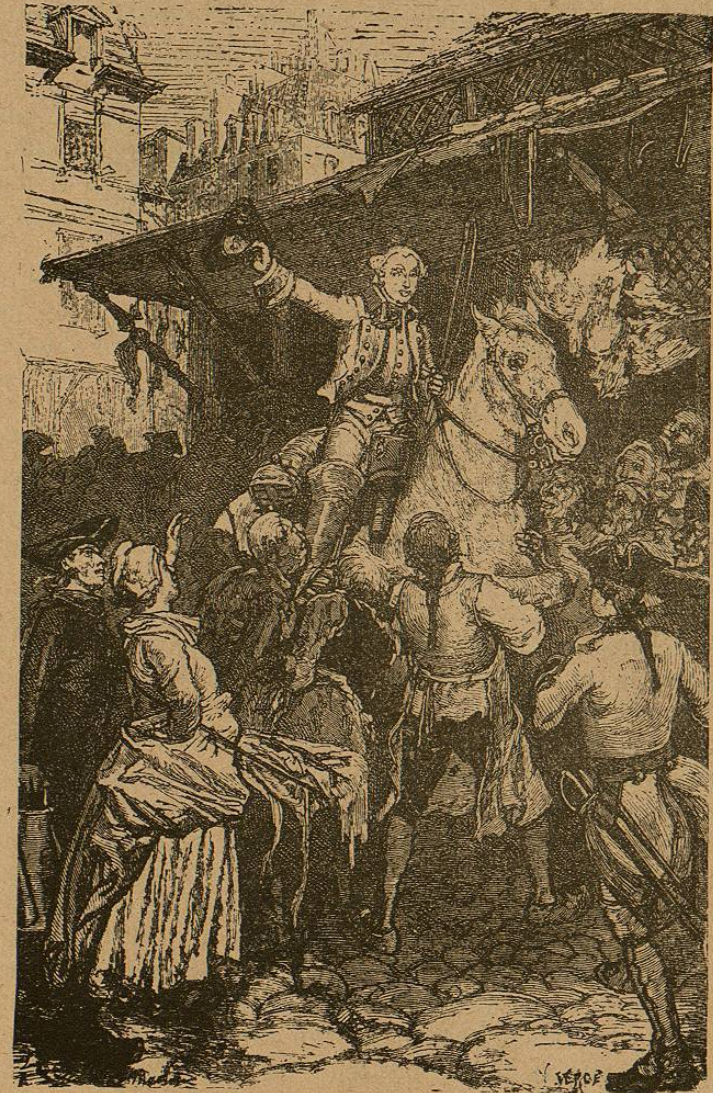
Es Job entre los pueblos (Pág. 26)

hombre. La maldición que pesa sobre él no viene de Dios, nace en su corazón y en sus labios; es la maldición del egoísmo y de la injusticia, el agobio de una sociedad injusta. ¿A quién acusará? Ni á la naturaleza ni á Dios, sino á sí mismo, á su obra, á sus ídolos, á los dioses que se ha fabricado.

De un lado á otro ha paseado en todo tiempo y por todo el mundo su idolatría. A estos dioses de mármol ó madera les ha dicho: «¡Prote-

gedme; sed mis salvadores!...» Y ha dicho esto á los sacerdotes, lo ha dicho á los nobles, lo ha dicho al rey... ¡Eh, pobre hombre!, sálvate tú mismo.

Pero los amaba; esta es su excusa, esto explica su ceguera. ¡Con



¡El rey se ha salvado!... (Pág. 31)

qué intensidad amaba! ¡con qué fe creía! Qué confianza inocente en el *buen señor*, en el venerado *santo hombre de Dios*! ¡Cómo se arrodillaba en la calle y se inclinaba todavía sobre el polvo mucho tiempo después que habían pasado! ¡Cómo explotado, despreciado y apaleado por el se-



ñor y el sacerdote, se obstina en poner en ellos todas sus esperanzas!... Siempre ínfimo, siempre niño, encontraba no sé qué dulzura filial en no reservarse nada contra ellos, en abandonarles todo el cuidado de su porvenir. «No tengo nada; soy un pobre hombre; pero pertenezco al barón de aquel hermoso castillo que está allá arriba.» O bien: «Tengo el honor de ser siervo de ese famoso monasterio. No lo olvidaré jamás.»

Y ahora, buen hombre, el día de tu necesidad, de tu hambre, ve, llama á aquellas puertas.

¿Vas al castillo? La puerta está cerrada, la gran mesa donde todos se sentaron no ha servido hace mucho tiempo; la chimenea está fría, ni fuego, ni humo. El señor está en Versalles. Pero no te ha olvidado. Ha dejado aquí para tí al administrador que te cobra y al guarda que te apalea ó te encarcela.

Pues bien, iré al monasterio. Esta casa de caridad ¿no es para mí? ¿no es la del pobre?... La Iglesia me dice todos los días: «¡Dios ama tanto al mundo! Se hizo hombre, se hizo alimento para sustentar al hombre! La Iglesia no es nada, ó es la caridad divina realizada sobre la tierra.»

¡Llama, llama, pobre Lázaro!: estarás ahí mucho tiempo. ¿No sabes que la Iglesia no se preocupa de la caridad? En la Edad Media tenía dos cosas, de cuya posesión era muy celosa; pero más equitativa en los tiempos modernos, ha hecho dos partes. Ha guardado sus bienes, y las fundaciones, los hospitales, los asilos, los patronatos, todo aquello que la unía al pobre y la mezclaba demasiado en los asuntos de aquí abajo, lo ha entregado generosamente al poder laico.

Tiene deberes que la absorben todo el tiempo, principalmente el de defender hasta la muerte estas fundaciones piadosas de las que es depositaria, de no desperdiciar nada de ellas, de transmitir las de generación en generación siempre aumentadas. En esto es verdaderamente heroica; está dispuesta al martirio, si necesario fuese. En 1788, el Estado, lleno de deudas, desesperado, sin más recurso que cobrar á un pueblo arruinado, se dirige suplicante al clero rogándole pague parte de los impuestos. Su respuesta es admirable, digna de eterna memoria: «No, no se pueden imponer caprichosamente tributos *al pueblo*.»

¡Invocar el nombre del pueblo para librarse de ayudarlo! ¡Ultima cima, verdaderamente sublime, donde debía ascender la sabiduría farisaica! ¡Entre tanto llega el 89! El clero puede morir, pero nada le hará variar de conducta; tiene el consuelo, tan raro en los moribundos, de haberse aprovechado de la vida por todos los caminos.

## IV

El pueblo, en el siglo XVIII no espera nada del patronato, que le sostuvo en otros tiempos, ni del clero, ni de la nobleza. Ninguno hizo nada por él. Pero cree en el rey todavía y reconcentra en Luis XV su

fe y su necesidad de amar. Y el niño Luis XV, resto único de una familia tan grande, salvado como Jonás, se ha salvado aparentemente para que él, á su vez, salve á los demás. ¡Viéndole tan niño, qué de lágrimas!... ¡Cuántos malos años pasaron! Y el pueblo espera siempre que concluya esta miseria, esta larga tutela de veinte ó treinta años. Cuando se supo en París que Luis XV, que había marchado para unirse al ejército, se había detenido enfermo en Metz, era de noche. Se levantó la gente, corrió en tumulto por las calles, sin saber dónde iba; las iglesias se abrieron de madrugada... Se formaban grupos en las aceras, se increpaban é interrogaban unos á otros sin conocerse. En muchas iglesias el sacerdote, que rezaba la oración por la salud del rey, interrumpió el canto, ahogado por sus lágrimas, y el pueblo le respondió con sollozos y con gritos... El correo que trajo la noticia de la convalecencia era abrazado y casi estrujado en las calles; besaban su caballo, le llevaban en triunfo... y todo París retemblaba en un grito de alegría: «¡El rey está curado!»

Esto era en 1744. Luis fué llamado el *Bien Amado*.

Han pasado diez años. El mismo pueblo cree que el *Bien Amado* toma baños de sangre humana; cree que para fortalecer su sangre empobrecida se sumerge en sangre de niños. Un día que la policía, según su costumbre brutal, detenía en las calles á los hombres y á los niños vagabundos y á las jóvenes (sobre todo á las guapas), las madres lanzaron gritos desgarradores, el pueblo se reúne, un motín estalla. Desde este momento el rey no vuelve jamás á París. Alguna vez lo atravesó para ir de Versalles á Compiègne, pero hizo construir un camino directo que evitaba á París ver su rey y al rey ver su pueblo. Todavía lleva este camino el nombre de la algarada popular.

Estos diez años son la crisis misma del siglo (1744-1754). El rey, aquel dios de antes, es blanco de odios, motivo de horror. El dogma de la encarnación real perece.

Y en su lugar se alza el reinado del espíritu. Montesquieu, Buffon, Voltaire, publican en este intervalo sus grandes obras; Rousseau comienza la suya.

Hasta aquí la unidad había respondido á la idea de encarnación, religiosa ó política. Hacía falta un dios humano, un dios de carne para unir la Iglesia y el Estado. La Humanidad, débil todavía, fundaba la unión en un signo visible, vivo, en un hombre, en un individuo. Pero la unidad más pura, que no necesita estas condiciones materiales, se realizará en la unidad de los corazones, la comunidad de los espíritus, el profundo enlace de los sentimientos y las ideas de todos.

Aquellos grandes doctores de la nueva Iglesia disienten todavía en las cosas secundarias, pero admirablemente están de acuerdo en dos cosas esenciales que constituyen el genio del siglo y el genio del porvenir.

1.º El espíritu es libre bajo todas las formas de la encarnación; y



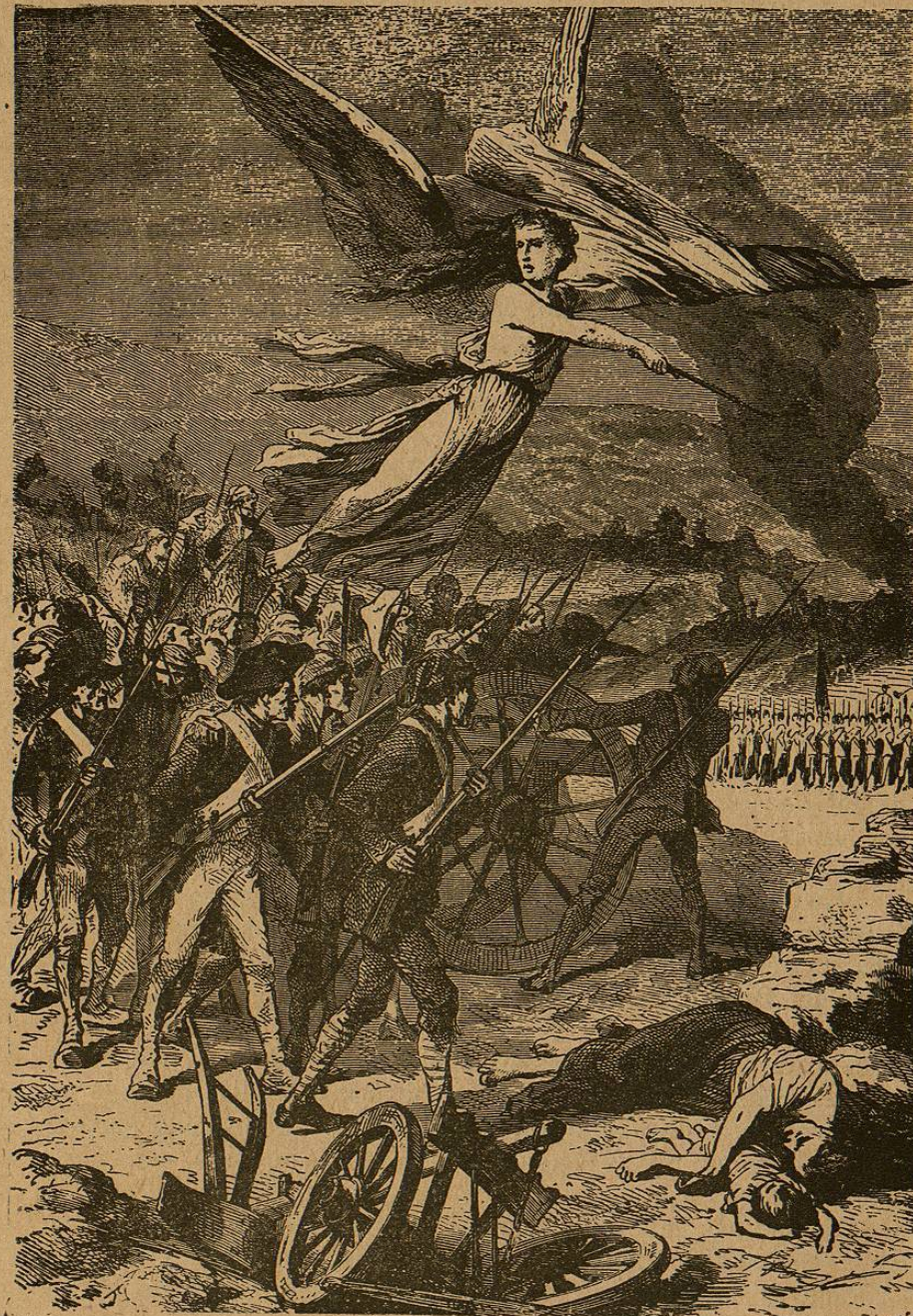
al escribir lo desnudan del vestido de carne noble ó miserable que durante tantos siglos lo ha cubierto.

2.º El espíritu para aquellos escritores no es solamente luz; es



TURGOT

calor y amor, el ardiente amor del género humano. El amor por sí, no sometido á tal dogma ni á tal condición de política religiosa. La caridad de la Edad Media, esclava de la teología, ha seguido á su imperiosa dueña; demasiado dócil, en verdad, pero conciliadora solamente hasta



LA MARSELLAISE



admitir cuanto puede admitir el odio. Es que la caridad que hizo la Saint-Barthélemy no es la que enciende las hogueras y organiza la Inquisición?

Descartando de la religión su carácter carnal, rechazando la encarnación religiosa, este siglo, demasiado tímido para su audacia, permanece mucho tiempo carnal en política; quisiera poder respetar la encarnación real, utilizar al rey, al dios-hombre, en hacer la felicidad de los hombres. Y la quimera de los filósofos y los economistas, de Voltaire y de Turgot es hacer la Revolución para el rey.

Nada más curioso que ver el ídolo disputado por los dos partidos. Los filósofos tiran de un lado, el clero de otro. ¿Quién logrará llevarse-lo? Las mujeres, porque el rey un es verdadero dios de carne.

Madame Pompadour lo retiene veinte años; quiere convertir al pueblo en defensor suyo contra la corte. Llama á los filósofos. Voltaire escribe la historia del rey y poemas y dramas para el rey; d'Argenson es ministro; el interventor general, Machault, pide un estado de los bienes eclesiásticos... El clero se alborota. Los jesuítas comienzan su lucha contra aquella mujer; discurren y logran ponerle en frente de otra mujer, y triunfan... ¿Quién es esa mujer? La propia hija del rey... Al llegar aquí sería preciso ser Suetonio. Después de los doce Césares no se habían vuelto á ver estas cosas.

Voltaire fué desterrado y d'Argenson y Machault más tarde. La Pompadour se echa á los pies de la reina y suplica y pide gracia. Entre tanto preparaba una triste é infame máquina para recobrar al rey y tenerle hasta la muerte; un serrallo que se abastecía con niñas compradas.

Allí se encerró Luis XV. El dios de carne abdicó todo recuerdo del espíritu.

Huyendo de París, huyendo de su pueblo, siempre alejado en Versalles, encuentra allí todavía demasiada gente, demasiada luz. Necesitaba las sombras, los bosques, la choza, el secreto de Trianon ó su convento del Parque de los Ciervos. Es extraño, inexplicable, que estos amores, estas sombras, estas imágenes del amor, al menos, endurezcan su corazón. Compra las hijas del pueblo y por ellas vive con el pueblo; de ellas recibe rudas caricias casi infantiles y de ellas aprende el lenguaje vulgar. Y duro, egoísta, sin entrañas, sigue siendo enemigo del pueblo; luego de rey se convierte en traficante de trigo, especulador en hambres...

En su alma muerta queda sólo un sentimiento vivo; el temor de morir. Sin cesar hablaba de muerte, de entierro, de funerales. Presentía, además, la muerte de la monarquía y le preocupaba sólo que viviera tanto como él.

En un año de sequía (que entonces eran frecuentes) cazaba, como de costumbre, en un bosque de Senart. Encontró un labriego que llevaba á hombros un ataúd.

—¿Dónde llevas eso?

—A tal lugar.

—¿Para un hombre ó una mujer?

—Para un hombre.

—¿De qué ha muerto?

—¡De hambre!

## V

Este hombre muerto es la vieja Francia; aquella fúnebre caja el ataúd de la antigua Monarquía. Alejemos para siempre de nosotros los ensueños y bellas frases que nos adormecieron; realeza paternal, gobierno de la gracia, clemencia de la monarquía, caridad del sacerdote, confianza oficial, abandono en los dioses de aquí abajo. La ficción de este viejo mundo, la mentirosa leyenda que tuvo siempre en los labios era colocar *el amor en el lugar de la ley*.

Si pudiera renacer este mundo torturado en nombre del amor, explotado por la caridad y envilecido por la gracia, renacería por la ley, la justicia y la equidad.

¡Blasfemia! Habían opuesto la gracia á la ley, el amor á la justicia... ¡Como si la gracia injusta pudiera ser gracia; como si estas cosas que la pequeñez humana divide no fuesen dos aspectos de una misma cosa la derecha y la izquierda de Dios!

Hicieron de la justicia una cosa negativa, que prohíbe y excluye; un soldado para detener y un cuchillo para degollar... No sabían que la justicia es el ojo de la Providencia. El amor, ciego en los hombres, clarividente en Dios, ve por la justicia. ¡Mirada vital y fecunda! Es una fuerza prolífica en la justicia de Dios. Cuantas veces se fija en la tierra se siente ésta dichosa y crea. El sol y la aurora no son bastantes para fecundar; es preciso la justicia. Con ella vienen los gérmenes, las semillas... Las semillas de los hombres y de los pueblos quieren arraigar, germinar, florecer bajo el sol de la equidad.

Un día de justicia, uno solo que se llama la Revolución, ha producido diez millones de hombres.

Mas ¡qué lejos aparece todavía en medio del siglo XVIII, rechazada, imposible!... Los dos salvadores del pueblo, el sacerdote y el rey, han perdido al pueblo hasta el punto de que no sabe dónde tomará con qué construir el porvenir. Nada de vida feudal ni de vida municipal, absorbidas por la realeza. Nada de vida religiosa extinguida por el clero. Y nada, ¡ah!, de leyendas locales ni tradiciones nacionales, de estos dichosos prejuicios que constituyen toda la infancia de los pueblos. Lo han destruido todo, hasta sus errores. Todo desnudo y vacío. Todo en blanco. El porvenir escribirá lo que pueda.

Espíritu puro, último habitante de este mundo destruido, heredero universal de todos estos poderes extinguidos, ¿cómo vas á iustaurar